

JAVIER DE MAISTRE

EXPEDICIÓN NOCTURNA ALREDEDOR  
DE MI CUARTO

---

EL LEPROSO DE LA CIUDAD DE AOSTA

---

LOS PRISIONEROS DEL CÁUCASO

*Expedición nocturna alrededor de mi cuarto* es una especie de continuación de su famoso *Viaje alrededor de mi cuarto*; *El leproso de la ciudad de Aosta* está basado en hechos reales vividos por el autor, como también lo está *Los prisioneros del Cáucaso*, inspirado en hechos, costumbres, paisajes y personajes rusos.

# Expedición nocturna alrededor de mi cuarto

## Capítulo I

Para que pueda tomarse algún interés por el nuevo cuarto por el cual he llevado a cabo una expedición nocturna, tengo que enterar a los curiosos cómo fue que me tocara en suerte. Continuamente distraído en mis ocupaciones en la casa llena de ruido en que habitaba, me proponía hacía ya tiempo buscar por allí cerca un retiro más solitario, cuando un día, hojeando una noticia biográfica del señor de Buffon, leí que este hombre célebre había escogido en sus jardines un pabellón aislado que no contenía ningún otro mueble más que una butaca y la mesa de despacho, sobre la cual escribía, ni ninguna otra obra más que el manuscrito en el cual trabajaba.

Las fantasías en que me ocupó tienen tanta disparidad con los trabajos inmortales del señor de Buffon, que la idea de imitarle, siquiera fuera en ese punto, no se me habría jamás ocurrido sin un percance que me determinó a ello. Un criado, al sacudir el polvo de los muebles, creyó que estaba muy sucio un cuadro al pastel que acababa yo de terminar, y lo frotó tanto con un paño, que consiguió, en efecto, dejarle limpio de todo el polvo que yo me había tomado tanto cuidado en arreglar sobre él. Después de haberme furiosamente encolerizado contra aquel hombre que estaba ausente, y no haberle dicho una sola palabra cuando volvió, según mi costumbre, me puse en seguida en busca de otra

casa y volví a la mía con la llave de un cuarto pequeño que había alquilado en un quinto piso en la calle de la Providencia. Hice transportar allí el mismo día los materiales de mis ocupaciones preferidas, y allí pasé desde entonces la mayor parte del tiempo, al abrigo del trastorno doméstico y de los encargados de la limpieza de los cuadros. Las horas se deslizaban para mí como si fueran minutos en aquel retiro aislado, y más de una vez mis ensueños me han hecho olvidarme allí de la hora de comer.

¡Oh, dulce soledad! He conocido las seducciones con que deleitas a tus amantes. Desgraciado del que no puede pasar solo un día de su vida sin sentir el tormento del fastidio, y prefiere, si es necesario, conversar con necios antes que consigo mismo.

Lo confesaré, no obstante: me gusta la soledad en las grandes ciudades; pero, a menos de verme obligado por una circunstancia grave cualquiera, como un viaje alrededor de mi cuarto, no quiero ser ermitaño más que por la mañana; por la tarde me gusta volver a ver caras humanas. Los inconvenientes de la vida social y los de la soledad se destruyen así mutuamente, y estos dos modos de existencia se embellecen el uno por el otro.

Sin embargo, la inconstancia y la fatalidad de las cosas de este mundo son tales, que la vivacidad misma de los placeres de que yo disfrutaba en mi nueva vivienda habría debido hacerme prever lo poco que durarían. La Revolución francesa, que desbordaba por todos los países, acababa de pasar por encima de los Alpes y se precipitaba sobre Italia. Fui arrastrado por la primera oleada hasta Bolonia; conservé mi ermita, a la cual hice transportar todos mis muebles en espera de tiempos más felices. Vivía desde hacía algunos años sin patria; un día supe que me había quedado sin empleo. Después de un año entero pasado en ver hombres y cosas por los cuales no sentía ningún afecto y en desear cosas y hombres que no veía más, volví a Turín. Era preciso tomar una resolución. Me marché de la posada de

la Buena Mujer, adonde había ido a parar, con la intención de devolver mi cuarto al casero y deshacerme de mis muebles.

Al volver a entrar en mi ermita sentí sensaciones difíciles de describir: todo allí había conservado el orden, es decir, el desorden, en el cual lo había dejado; los muebles, amontonados contra las paredes, habían sido puestos al abrigo del polvo por la altura de la habitación; mis plumas estaban todavía en el tintero seco, y encontré sobre la mesa una carta comenzada.

—Todavía estoy en mi casa —me dije con verdadera satisfacción. Cada objeto me recordaba algún suceso de mi vida, y mi cuarto estaba alfombrado de recuerdos. En vez de volver a la posada tomé la resolución de pasar la noche en medio de mis propiedades; envié a buscar mi maleta, y al mismo tiempo formé el proyecto de partir al día siguiente, sin despedirme ni aconsejarme de nadie, entregándome sin reservas a la Providencia.

## Capítulo II

Mientras hacía estas reflexiones, preocupándome al mismo tiempo por la buena combinación de un plan de viaje, pasaba el tiempo y mi criado no volvía. Era un hombre que la necesidad me había hecho tomar a mi servicio hacia unas cuantas semanas y sobre la fidelidad del cual había entrado en sospechas. La idea de que podía haberse llevado mi maleta se me había apenas presentado, y me fui corriendo a la posada; ya era tiempo. Al dar la vuelta a la esquina de la calle donde está el hotel de la Buena Mujer le vi salir precipitadamente por la puerta, precedido de un mozo de cuerda que llevaba mi maleta. Se había encargado él mismo de mi saquito, y en vez de tomar del lado de mi casa, se encaminaba a la izquierda, en una dirección opuesta a la que debía seguir. Su intención era manifiesta; le alcancé fá-

cilmente y, sin decirle nada, fui andando un rato a su lado antes de que él lo notara. Si se quisiera pintar la expresión del asombro y del espanto llegados al más alto grado en el semblante humano, mi criado habría sido el modelo más perfecto cuando me vio a su lado. Tuve tiempo de sobra para hacer el estudio de aquel modelo, porque estaba tan desconcertado por mi aparición inesperada y por la severidad con que yo le miraba, que continuó andando un rato a mi lado sin proferir una sola palabra, como si nos estuviéramos paseando juntos. En fin: balbuceó el pretexto de un quehacer en la calle Grand-Doire; pero le puse en buen camino, y volvimos a casa, en donde lo despedí.

Sólo fue entonces cuando me propuse hacer un nuevo viaje por mi cuarto, durante la última noche que allí tenía que pasar, y me ocupé en seguida de los preparativos.

### Capítulo III

Ya hacía tiempo que deseaba volver a ver el país que había recorrido antaño tan deliciosamente y cuya descripción no me parecía completa. Algunos amigos, que la habían leído con agrado, solicitaban de mí que la continuase, y me habría decidido a ello más pronto, sin duda, si no hubiera estado separado de mis compañeros de viaje. Reanudé con pena la carrera. ¡Ay! Volvía solo; iba a viajar sin mi querido Joannetti y sin la amable *Rosina*. Mi primitivo cuarto también había sufrido la más desastrosa revolución; ¿qué digo? Ya no existía. El sitio que había ocupado formaba entonces parte de un horrible caserón ennegrecido por las llamas, y todos los inventos mortíferos de la guerra se habían reunido para destruirlo sin dejar nada en pie. La pared en la cual estaba colgado el retrato de la señora de Haut Castel había sido agujereada por una bomba. En fin: si por fortuna no hubiese hecho mi viaje antes de esta catástrofe, los sabios de nuestros días no habrían tenido nunca noticias de este

cuarto memorable. Así es como, sin las observaciones de Hiparco, ignorarían hoy las gentes que existió en otros tiempos una estrella más en las Pléyades, que ha desaparecido después de muerto aquel famoso astrónomo.

Ya hacía tiempo que, obligado por las circunstancias, había yo abandonado mi cuarto y transportado a otra parte mis lares. ¡Vaya una desgracia!, se me dirá. ¿Pero cómo reemplazar a Joannetti y a *Rosina*? ¡Ah! ¡Eso no es posible! Joannetti se me había hecho tan necesario, que su pérdida no será jamás compensada para mí. ¿Quién puede, por lo demás, vanagloriarse de vivir siempre con las personas que le son queridas? Semejantes a esos enjambres de moscardones que vemos revolotear en los aires en las hermosas noches de verano, los hombres se encuentran por azar y por bien poco tiempo. Felices todavía si en sus movimientos rápidos se dan tanta maña como los moscardones y no se rompen la cabeza unos contra otros.

Me acosté una noche. Joannetti me sirvió con su celo acostumbrado, y hasta parecía más cuidadoso. Cuando se llevó la luz le eché una mirada, y vi una alteración señalada sobre su fisonomía. ¿Iba a creer, sin embargo, que el pobre Joannetti me servía por última vez? No mantendré al lector en una incertidumbre más cruel que la verdad. Prefiero decirle sin rodeos que Joannetti se casó aquella misma noche y me abandonó al día siguiente.

Pero que no se vaya a acusarle de ingratitud por haber abandonado a su amo tan bruscamente. Yo conocía su propósito hacía tiempo y me había opuesto sin razón. Un comisionista vino muy de mañana a darme esta noticia, y tuve tiempo, antes de volver a ver a Joannetti, de encolerizarme y de calmarme; lo cual le ahorró los reproches que esperaba. Antes de entrar en mi cuarto hizo como que hablaba en alta voz con alguien desde la galería, para hacerme creer que no tenía miedo, y armándose con todo el descaro que podía caber en una buena alma como él era, se presentó con aire resuelto. Vi en seguida en su cara todo lo que pa-

saba en su alma, y no me disgustó en modo alguno. Los maldicientes de nuestros días han asustado de tal modo a las gentes sencillas con los peligros del matrimonio, que un hombre que acaba de casarse se parece con frecuencia a un hombre que acaba de sufrir una caída espantosa sin hacerse daño, y que está a la vez aturdido por el susto y por la satisfacción; lo cual le da un aire ridículo. No era, pues, extraño que los actos de mi fiel servidor sufriesen el contragolpe de lo raro de su situación.

«Con que ya te has casado, mi querido Joannetti», le dije riéndome. No estaba él prevenido más que contra mi cólera; de suerte que todos los preparativos no sirvieron para nada. Cayó de pronto en su actitud ordinaria, y hasta un poco más bajo, puesto que se echó a llorar. «¡Qué quiere usted señor! —me dijo con voz alterada—; había dado mi palabra». «Eh, ¡qué caramba!, has hecho bien, amigo mío; ¡ojalá estés contento con tu mujer y sobre todo contigo mismo! ¡Ojalá tengas hijos que se te parezcan! Es preciso, pues, que nos separemos». «Sí, señor; tenemos el propósito de ir a establecernos en Asti». «¿Y cuándo quieres marcharte?». En este punto, Joannetti bajó los ojos como confuso y respondió bajando la voz dos tonos: «Mi mujer ha encontrado un traficante de su país que se vuelve en el coche vacío y se marcha hoy mismo. Sería una buena ocasión; pero... sin embargo... esperaré a cuando el señor disponga..., aunque una ocasión así será difícil volver a encontrarla». «Eh, ¡cómo!, ¿tan pronto?», le dije. Un sentimiento de pena y de afecto, entremezclado con una fuerte dosis de despecho, me hizo callar un instante. «No, seguramente —le respondí con alguna dureza—, no le detendré a usted; puede usted irse ahora mismo, si eso le conviene». Joannetti se puso pálido. «Sí, vete, amigo mío; vete con tu mujer; sé siempre tan bueno, tan honrado como lo has sido conmigo». Dejamos arregladas unas cuantas cosas; le dije con tristeza adiós; salió. Aquel hombre me servía desde hacía



quince años. Un instante nos ha separado. No le he vuelto a ver más.

Reflexionaba paseándome por mi cuarto sobre esta brusca separación. *Rosina* había seguido a Joannetti, sin que éste lo notara. Un cuarto de hora después la puerta se abrió; *Rosina* entró. Vi la mano de Joannetti empujarla en mi cuarto; la puerta se cerró, y sentí mi corazón oprimirse... ¡No entra ya más en mi casa! Unos cuantos minutos han bastado para convertir en extraños uno a otro dos viejos compañeros de quince años. ¡Oh! ¡Triste, triste condición de la humanidad, no poder jamás encontrar un solo objeto estable en el cual depositar el más mínimo de sus cariños!

## Capítulo IV

También *Rosina* vivía entonces lejos de mí. Le interesará a usted, sin duda, querida María, enterarse que a la edad de quince años era todavía el más amable de los animales y que la misma superioridad de inteligencia que la distinguía en otros tiempos de toda su especie le servía también para soportar el peso de su vejez. Habría yo deseado no separarme de ella; pero cuando se trata de la suerte de los amigos de uno, ¿se debe consultar sólo el placer o el interés propio? El interés de *Rosina* era dejar la vida ambulante que llevaba conmigo y disfrutar, en fin, en los días de su vejez, un reposo que su amo ya no esperaba más. Sus muchos años me obligaban a hacer que la llevaran en brazos; creía que era mi deber concederla su retiro. Una hermana religiosa se encargó de tener cuidado de ella mientras viviera, y sé que en este retiro ha disfrutado de todas las ventajas que sus buenas cualidades, su edad y su reputación la habían hecho con tanta justicia merecer.

Y puesto que tal es la naturaleza de los hombres que la felicidad parece no estar hecha para ellos, puesto que el amigo ofende al amigo sin querer y los mismos amantes no

pueden vivir juntos sin regañar; en fin, puesto que desde Licurgo hasta nuestros días todos los legisladores han fracasado en sus esfuerzos para hacer felices a los hombres, tendré, por lo menos, el consuelo de haber hecho la felicidad de mi perra.

## Capítulo V

Ahora que ya he contado al lector los últimos rasgos de la historia de Joannetti y de *Rosina*, no me queda más que decir algunas palabras del alma y de la bestia para quedar perfectamente en regla con él. Estos dos personajes, el último sobre todo, no representarán en adelante un papel tan interesante en mi viaje. Un amable viajero, que ha seguido la misma carrera que yo, pretende que deben estar cansados. ¡Ay! Tiene razón que le sobra. No es que mi alma haya perdido nada de su actividad, por lo menos en cuanto pueda darse cuenta de ello, sino que sus relaciones con la otra han cambiado. No tiene ésta ya la misma vivacidad en sus réplicas; no tiene ya... ¿cómo explicar esto?... Iba a decir la misma presencia de espíritu, como si una bestia pudiera tener espíritu. Sea como quiera, y sin entrar en una explicación dificultosa, diré únicamente que, llevado por la confianza que me mostraba la joven Alejandrina, la había escrito una carta bastante cariñosa y no tardé en recibir una contestación cortés, pero fría, que terminaba con estas mismas palabras: «Tenga usted la seguridad, señor mío, que conservaré siempre hacia usted los sentimientos de la más sincera estima». ¡Cielos santos!, exclamé al leer estos renglones; mi perdición es segura. Desde aquel día fatal me resolví a no volver más a sacar a relucir mi sistema del alma y de la bestia. Por consiguiente, sin distinguir entre estos dos seres y sin separarlos, los haré desfilar, el uno llevando al otro, como ciertos mercaderes sus mercancías, y viajaré todo en una pieza para evitar todo inconveniente.

## Capítulo VI

Sería inútil hablar de las dimensiones de mi nuevo cuarto. Se parece tanto al primero, que se les confundiría al pronto, si por una precaución del arquitecto no tuviese el techo una inclinación oblicuamente del lado de la calle, dando al tejado la dirección que exigen las leyes de la hidráulica para dar salida al agua de la lluvia. Recibe la luz por una sola abertura de dos pies y medio de ancho por cuatro pies de alto, estando unos seis a siete pies aproximadamente por encima del piso, y se llega hasta ella por una escalerilla.

La elevación de mi ventana por encima del suelo es una de las circunstancias favorables, que pueden ser debidas lo mismo al azar que al genio del arquitecto. La luz casi perpendicular que extendía por mi recinto le daba un aspecto misterioso. El antiguo templo del Panteón recibe la luz de una manera análoga. Además, ningún objeto exterior podía distraerme. Semejante a los navegantes que, perdidos en el vasto océano, no ven más que el cielo y el mar, yo no veía más que el cielo y mi cuarto, y los objetos exteriores más cercanos sobre los cuales podía llevar mi mirada eran la Luna y la estrella de la mañana; lo cual me ponía en una relación inmediata con el cielo y daba a mis pensamientos un vuelo elevado, que jamás habrían tenido de haber escogido mi vivienda en un piso bajo.

La ventana de que he hablado se elevaba por encima del tejado y constituía un precioso ventanillo. Su altura sobre el horizonte era tan grande, que cuando los primeros rayos del Sol venían a iluminarla, todavía la calle permanecía envuelta en sombras. Así es que también disfrutaba de una de las más hermosas vistas que pueden imaginarse. Pero las vistas más hermosas acaban pronto por cansarnos cuando se contemplan con demasiada frecuencia; los ojos se habitúan y se acaba por no hacer ningún caso. La situación de mi ventana me preservaba también de este incon-

veniente, porque no vela nunca el magnífico espectáculo de la campiña de Turín sin tener que subir cuatro o cinco escalones; lo cual me procuraba un goce siempre vivo, porque era poco frecuente. Cuando, cansado, quería proporcionarme un agradable recreo, terminaba mi jornada subiéndome a la ventana.

Desde el primer escalón no veía aún más que el cielo; no tardaba en aparecer ante mis ojos el templo colosal de Supergio. La colina de Turín sobre la cual descansa se iba elevando poco a poco ante mí, cubierta de bosques y de ricos viñedos, mostrando con orgullo al sol poniente sus jardines y sus palacios, mientras que unas viviendas sencillas y modestas parecían esconderse a medias en los valles para servir de retiro al hombre prudente y favorecer sus meditaciones.

¡Preciosa colina! Me has visto con frecuencia buscar tus retiros solitarios y preferir tus senderos apartados a los paseos brillantes de la capital; me has visto con frecuencia perdido en tus laberintos de césped, escuchando el trino de la alondra matinal, lleno el corazón de una vaga inquietud y del deseo ardiente de fijarme para siempre en tus valles deliciosos. Te saludo, preciosa colina; ¡estás grabada en mi corazón! ¡Ojalá el rocío celeste haga, si es posible, tus campos más fértiles y tus bosquecillos más frondosos! ¡Ojalá tus habitantes puedan disfrutar en paz de su felicidad y tus senderos sombreados series favorables y saludables! ¡Ojalá, en fin, tu tierra dichosa pueda ser siempre el dulce asilo de la verdadera filosofía, de la ciencia modesta, de la amistad sincera y hospitalaria que yo he encontrado en ella!

## Capítulo VII

He comenzado mi viaje a las ocho de la noche en punto. Hacía buen tiempo y prometía hacer una hermosa noche. Había tomado mis precauciones para que no me molestara

ran las visitas, que son muy raras en las alturas en que vivía, en las circunstancias, sobre todo, en que me encontraba entonces y para estar solo hasta medianoche. Cuatro horas bastaban ampliamente para la ejecución de mi empresa, no queriendo hacer esta vez más que una simple excursión alrededor de mi cuarto. Si el primer viaje ha durado cuarenta y dos días es porque no había dependido de mí hacerlo más corto. No quería tampoco sujetarme a viajar mucho tiempo en coche como antes, persuadido de que un viajero pedestre ve muchas cosas en que no se fija el que va en diligencia. Resolví, pues, ir alternativamente, y según las circunstancias, a pie o a caballo, nuevo método que todavía no he dado a conocer y cuya utilidad pronto habrá de verse. En fin, me proponía tomar notas por el camino y escribir observaciones a medida que las fuera haciendo, para no olvidar nada.

Con el fin de poner orden en mi empresa y darle una probabilidad más de buen éxito, pensé que debía comenzar por redactar una epístola dedicatoria y escribirla en verso para que resultara más interesante. Pero tropezaba con dos dificultades que estuvieron a punto de hacerme renunciar a ello, a pesar de todas las ventajas que podía proporcionarme. La primera consistía en saber a quién había de dirigir la epístola; la segunda, cómo me las compondría para hacer versos. Después de haber maduramente reflexionado, no tardé en comprender que sería razonable escribir primero la epístola lo mejor que pudiera y buscar luego alguien a quien pudiera convenir. Puse en seguida manos a la obra, y trabajé más de una hora sin poder encontrar una rima al primer verso que me había salido, y que quería conservar porque me parecía un feliz hallazgo. Me acordé entonces muy oportunamente haber leído en alguna parte que el célebre Pope no escribía nunca nada interesante sin verse obligado a declamar un buen rato y en voz alta y a ir y venir de un lado a otro en su despacho para excitar su vena poética. Traté en el acto de imitarle. Cogí las poesías de

Ossian y las recité en alta voz, paseándome por la habitación a grandes pasos con el fin de elevarme al entusiasmo.

Vi, en efecto, que este método exaltaba insensiblemente mi imaginación y me daba un sentimiento secreto de capacidad poética, del cual me hubiera aprovechado seguramente para escribir con éxito mi epístola dedicatoria en verso si, por desgracia, no me hubiera olvidado de la oblicuidad del techo de mi cuarto, cuya rápida inclinación hacia abajo impidió a mi frente ir tan lejos como mis pies en la dirección en que iba marchando. Me di tan reciamente con la cabeza contra aquella maldita pared, que sacudí el tejado de la casa; los gorriones que dormían sobre las tejas huyeron espantados y el golpe que recibí me hizo retroceder tres pasos por lo menos.

## Capítulo VIII

Mientras me paseaba de este modo para excitar mi inspiración, una mujer joven y bonita, que vivía en el piso de abajo del mío, extrañándose del ruido que hacía, y acaso creyendo que daba un baile en mi cuarto, envió a su marido para enterarse de la causa del ruido. Estaba yo todavía aturdido del golpe que me había dado, cuando se entrea abrió la puerta. Un hombre de alguna edad, que tenía una cara melancólica, adelantó la cabeza y echó una mirada curiosa en mi cuarto. En cuanto pasó la sorpresa que le produjo verme solo le dejé hablar: «Mi mujer tiene jaqueca, caballero —me dijo con tono de enfadado—; permítame usted que le advierta que...». Inmediatamente le interrumpí y mi estilo se resintió de la elevación de mis pensamientos. «Respetable mensajero de mi hermosa vecina —le dije en el lenguaje de los bardos—: ¿por qué tus ojos brillan bajo tus pobladas cejas como dos meteoros en la selva negra de Cromba? Tu hermosa compañera es un rayo de luz, y yo moriría cien veces antes que querer perturbar su reposo;

pero tu aspecto, ¡oh, respetable mensajero!... Tu aspecto es sombrío como la cintra más alta de la caverna de Camora, cuando las nubes, amontonadas, de la tempestad oscurecen la faz de la noche y pesan sobre las campiñas silenciosas de Morvem».

El vecino, que por lo visto no había leído nunca las poesías de Ossian, tomó equivocadamente el arrebató de entusiasmo que me animaba por un acceso de locura, y me pareció bastante confuso. Mi intención no era ofenderle; le ofrecí asiento y le rogué que se sentara; pero advertí que se retiraba lentamente y se persignaba, murmurando entre dientes: *E matto, per Baceo, e matto*. (Está loco de remate, por Baco, está loco de remate).

## Capítulo IX

Le dejé marcharse sin querer profundizar hasta qué punto su observación era fundada, y me senté ante la mesa para tomar nota de estos sucesos, según mi costumbre; pero apenas hube abierto mi cajón, en el cual esperaba encontrar papel, lo volví a cerrar bruscamente, lleno de confusión por uno de los sentimientos más desagradables que se pueden experimentar: el del amor propio humillado. La especie de sorpresa que se apoderó de mí en esta ocasión se parece a la que siente un viajero sediento cuando al acercar sus labios a una fuente límpida ve en el fondo del agua una rana que le está mirando. No era, sin embargo, otra cosa que los resortes y el armazón de una paloma artificial que, siguiendo el ejemplo de Arquitas, me había en otro tiempo propuesto hacer volar por los aires. Había trabajado sin parar en su construcción más de tres meses. Llegado el día del ensayo, la puse sobre el borde de una mesa, después de haber tenido buen cuidado de cerrar la puerta, a fin de guardar el secreto del descubrimiento y causar así una amable sorpresa a mis amigos. Un hilo sujetaba inmóvil el